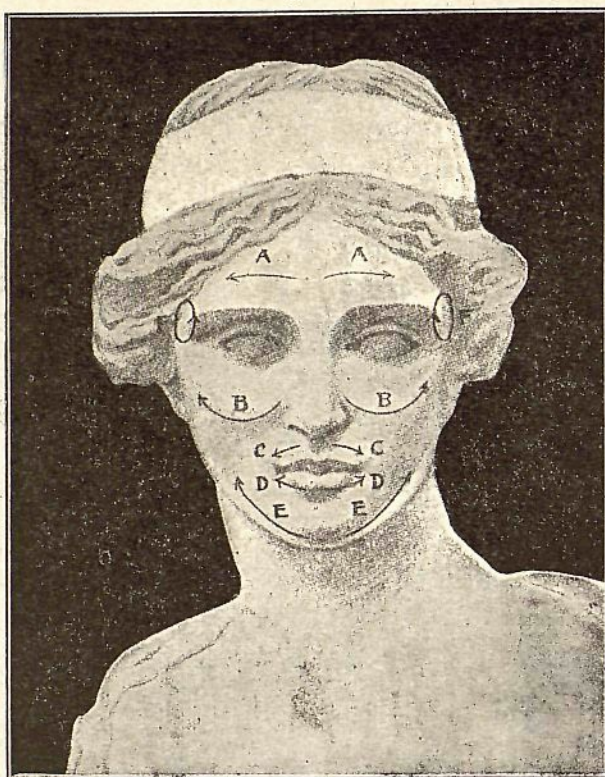




Kari
1950

Dib. KARIKATO.—Madrid.

—¡¡Bueno!!... ¿Negaréis ahora que os estábais «osculeando»?



CREMA

LIDA

**RECONSTITU-
TUYENTE**

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

**DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID**

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

11.—Huevo.

—¡Mal andan esas *tercia-prima*, Julián!

—Sí que son unas *tercia-dos-prima* muy raquíticas, maño.

—Te cansas en *tercia-cuarta*, ridiez...

—El amo que es un todo y no sabe lo que se hace.

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de septiembre.

12.—Molde.

HIDRÓGENO

Combinense debidamente las letras que forman el significado de Cupido.

13.—De tauromaquia.

P 11



14.—¡No hay por dónde cogerlo!

CIGARRO

en las carreteras?
¿Que hace el rodillo?

15.—De sastrería.

**PARA UN PIE SIN T
DE TRIGONOMETRIA**

CUPÓN

correspondiente al núm. 146

de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 145.

En la República Argentina se vende BUEN HUMOR en todos los quioscos, estaciones del ferrocarril y subterráneo y en las oficinas de nuestro representante

A. MANZANERA.—Independencia, 856.—BUENOS AIRES

En Buenos Aires sólo cuesta 25 CENTAVOS el número de BUEN HUMOR

En esta época es cuando no debe usted olvidar tener en su casa los famosos

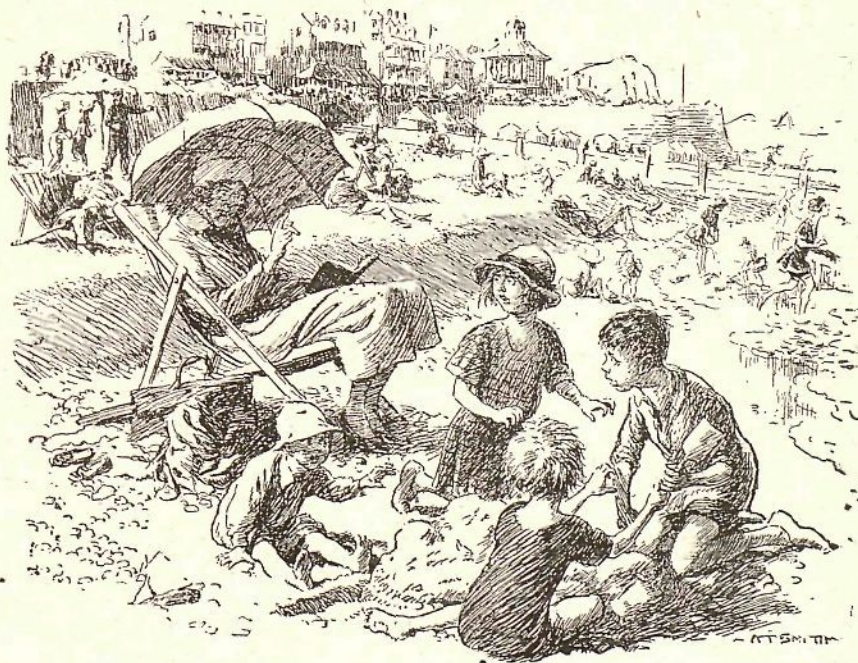
POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

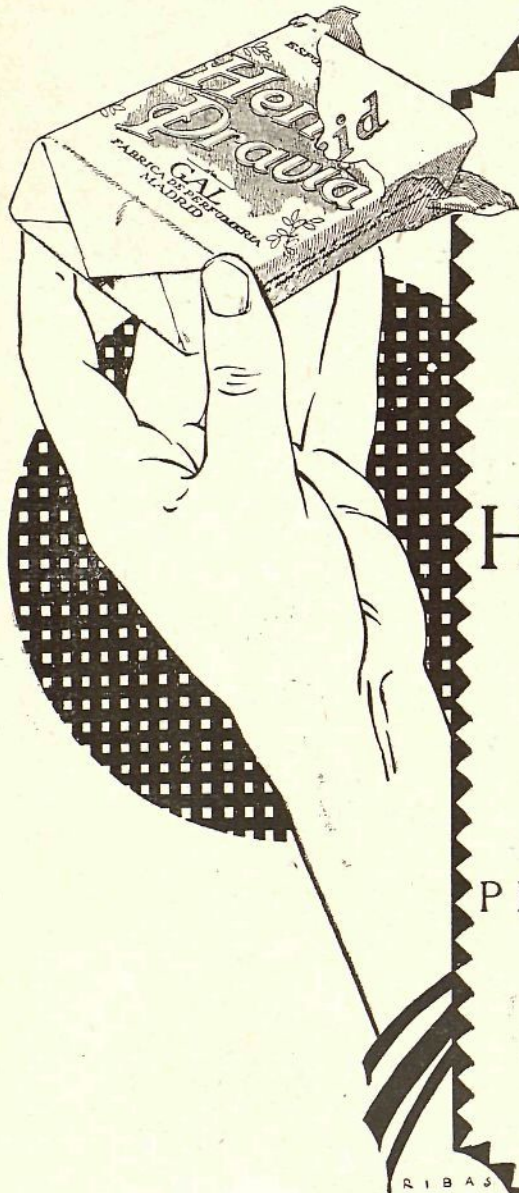
Infalibles para la destrucción de toda clase

de insectos



(De Punch, de Londres.)

LA INSTITUTRIZ.—Mirad, niños, como sigáis regañando os llevo derechos a oír la música de la banda durante toda la mañana.



Está en las manos
de todos los españoles,

por la pureza de su pasta, por su
espuma abundante y suave, y por su
perfume persistente y característico.

EL JABÓN DE PRAVIA

es el jabón ideal, insustituible para
las personas de cutis fino y delicado.
Cuide usted de que no falte en su
tocador una pastilla de este jabón.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID

DESCONFIE USTED

*de quien le ofrezca los productos de la Perfumería Gal
a precio más reducido. En todos los comercios de España,
Baleares y Canarias, se venden a los mismos precios que en
nuestras tiendas al detall. Es lógico sospechar de quien
renuncia al modesto margen de utilidad en la venta.*



LA MANIA DE ESCRIBIR



JUAN Bautista Truchales, mi compañero de tertulia en el café, era un escritor que había estado en presidio diversas veces. Yo suponía que Truchales sería un rebelde, un inadaptado.

al cual, por atacar con sus escritos a venerandas instituciones, habríanle impuesto las duras condenas padecidas; pero muy pronto llegué a saber que si Juan Bautista Truchales pasó bastantes años de su vida encerrado en varias prisiones, fué porque los tribunales de justicia encontraron tan pésimas sus obras—no inmorales y peligrosas, sino simplemente malas—, que creyeron pertinente imponerle algún castigo.

He aquí una breve nota de las condenas impuestas a Juan Bautista Truchales:

«Por publicar un tomo de poesías, titulado *A la amada* (versos de la adolescencia), dos años y un día de prisión.»

«Por la obra llamada *Tripette, el bisnieto de Rocambo* (folletín en 20 tomos), diez y seis años de presidio.»

«Por el ensayo *La subconciencia de lo ingente*, seis meses de encierro.»

«Por *La tragedia del arroyo de Cantarranas* (novela corta madrileñista), tres años de cárcel.»

Por observar Truchales una excelente conducta dentro de las prisiones, le fueron reducidas las penas, y como además resultó agraciado con algunos indultos, en vez de permanecer veintitantos años en la cárcel, estuvo diez o doce solamente.

Cuando yo le conocí había cumplido todas sus condenas y apenas se dedicaba a la literatura. Vestía raidamente, era ya de bastante edad y tenía una mirada entristecida y acuosa.

Hace algún tiempo dejó de ir por la tertulia, por lo que casi no me acordaba de él, hasta que el otro día su imagen se me presentó en la memoria, al ver su nombre cita-

do en todos los diarios con motivo de un nuevo procesamiento.

Atraído por la curiosidad, acudí a presenciar la vista. Me parece aún oír las palabras finales del señor fiscal:

—«... Juan Bautista Truchales es un reincidente. No se conforma con publicar un tomo de poesías, varios folletines y algunos ensayos (delictivos hechos por los cuales ha tenido ya su castigo), sino que, alevoso, escribe una obra teatral, cuya primera representación causa el fallecimiento del cincuenta por ciento de los espectadores, atacados de cefalalgia, producida por el soporífero estilo del autor. En nombre de las víctimas pido que condenéis al acusado a la última pena.»

En el público hubo rumores aprobatorios, y, en verdad, que, en aquel momento, consideré la cabeza de Truchales como bien poco segura sobre sus

hombros. «Por mucho que quiera hacer su defensor—pensaba yo—, va a ser difícil el salvarle la vida.»

A continuación habló el abogado encargado de la defensa. He aquí, fragmentadas, sus palabras:

—«Juan Bautista Truchales, mi defendido, es un enfermo. Sí, señores jueces, es un enfermo que padece una incurable enfermedad: la grafomanía. La manía de escribir, que invade a tantos individuos, es inevitable y es, además, contagiosa, como el sarampión y la escarlatina. El que por ella se siente atacado tiene que escribir, sea como sea... ¿Condenaríais a individuos víctimas de alcoholismo o de demencia? Pues mucho más digno de compasión, os lo aseguro, es el que padece el mal de «producir literatura». Unos sienten el deseo de hacer versos; otros, escriben novelas cortas; otros, en fin,

cultivan el humorismo... Y bien; ¿qué son todos ellos? ¿Pues unos enfermos e irresponsables que, en definitiva, no saben lo que se hacen!

Cuando el tribunal se retiró a deliberar, todo el mundo se hizo idénticas preguntas. ¿Cuál sería el fallo? ¿Condenarían a muerte a Truchales, como pedía el fiscal? ¿Quedaría absuelto, según solicitaba su defensor?

Dos horas después el presidente leía la sentencia, que decía así:

—«El Tribunal cree que, en efecto, la «manía de escribir» constituye una enfermedad, y, por tanto, considera al literato irresponsable de sus obras. Así, pues, el Tribunal no condena a muerte a Juan Bautista Truchales.

»Mas tampoco le deja en libertad. Estimamos como más apropiado encerrarle, en calidad de enfermo, en una casa de orates, para el resto de su vida, pues el Tribunal encuentra que el que se halle «suelto» un escritor de la clase de Juan Bautista Truchales supone un «serio peligro para la sociedad». En Madrid, a tantos de tantos...»



Dib. SILBENO.—Madrid.

Luis ESTEBAN

LA ULTIMA GANGA

Hay personas que presumen de los gastos que hacen, y las cosas que compran siempre son las mejores, porque no les importa el precio con tal de tener lo que no tiene nadie. Yo tengo un amigo, que el jamón en dulce que come dice que lo extraen ya al cerdo en las condiciones de dulzura, porque son cochinos que los alimentan con chucherías desde que gruñen por vez primera; que las peras de agua que toma de postre las riegan con un filtro para que el agua de las peras sea filtrada, y cuando se compra unas botas de ternera afirma que son de ternera tan superior, que es de la misma que nos dan a los infelices mortales cuando en los cafés nos sirven escapulones.

Pues bien: igual que tengo este amigo, tengo otro que su orgullo es demostrar a todo el mundo que él compra más barato que nadie. Es el hombre que sabe siempre encontrar gangas, y es su mayor satisfacción poder decir por ejemplo:

—¡Fíjese usted qué corbata me he comprado!

—¡Bonita es!

—De foulard legítimo. Las que están marcadas a ocho pesetas en casa de Hernando. ¡Treinta céntimos!

—¡Pero, por Dios, Regúlez!

—¡Saber comprar nada más, hombre, saber comprar! ¡Pues me he comprado unos calzoncillos de punto inglés, con pretina de percal francés, que les denominan «aliados» por los

elementos que entran en su confección, que los tres calzoncillos me han salido en seis pesetas!

Y era verdad que el amigo compraba más barato que nadie. Claro que recorría tiendas y puestos y conocía todas las liquidaciones y subastas, y, además, que el pobre a lo mejor llevaba un sombrero que, sí, señor, le había costado diez reales, pero recordaba el canotier que usaba Felipe II cuando se retiró a El Escorial.

Pero eso a Regúlez le era igual; la cosa era que la vida le salía por una friolera, y como era soltero y tenía un buen sueldo, pues había hecho una fortunita, que, aunque no para otra cosa, le servía para alimentar su único vicio: la avaricia.

Porque en eso de las gangas, mi amigo era un sibarita. Saborea ya sus compras y se deleitaba con ellas, porque le hacía feliz pensar que engañaba a los comerciantes cada vez que les compraba algo.

Contaba Regúlez cerca de setenta años, y sólo le preocupaba una cosa: su muerte. Y no porque le temiera a la Parca, sino porque él pensaba:

—A mí me gustaría llevar un buen entierro, un entierro de esos lujosos, y que, sin embargo, me resultase barato. Porque si yo dejo en mis disposiciones que mi sepelio sea suntuoso, claro que lo tendré, pero me costará un dínaral, y en vida no es posible que yo me ocupe de estos detalles.

Su obsesión era esa. Hacerse un

entierro magnífico y que le resultase barato. Es decir, ya que esa tenía que ser su última ganga, que fuera la mayor de todas.

Y se decidió a visitar funerarias y a hacer números y a comparar precios, pero era inútil: le salía carísimo; no era ganga.

En estas circunstancias le enviaron un prospecto de una de esas Sociedades de entierro que hacen los enterramientos por una cuota mensual en vida.

Este era su asunto. Fué dichoso cuando leyó el impreso y conoció las condiciones de los sepelios.

El se suscribiría por la cuota más cara, tendría derecho al mejor de los entierros. Ya veía, iluminada su caraza por la satisfacción, su entierro con gran pompa, siendo la admiración de los transeuntes y saliéndole por cuatro cuartos, pues a su edad él no podría vivir mucho, y su entierro, que valiera cinco mil pesetas, le podía salir por mil o mil quinientas. ¡Una verdadera ganga!

En la Sociedad funeraria, desde luego, le obligaron a suscribir una póliza extraordinaria, poniéndole una cuota mensual de las más elevadas, y eso después de que le reconocieron varios médicos; pero, a pesar de todo, para Regúlez aún era negocio.

Lo malo fué que pasaron un par de años, y luego tres, y llegaron a pasar dos más, y ya el ganguero comenzó a alarmarse. Porque pagaba cuotas y cuotas y ya le salía el entierro carísimo: le costaba cerca de dos mil pesetas. ¡Dejaba de ser ganga!

Torturado Regúlez por cada nueva mensualidad que abonaba, decidió ver a un médico para conocer aproximadamente lo que daría de sí su salud y su vida, para ver si aún podía tener de ventaja algunas pesetas.

El doctor le reconoció minuciosamente, le auscultó, le martilleó el vientre, le hizo respirar fuerte y, por fin, le dijo, creyendo darle con ello una alegría:

—¡Nada, nada! Está usted muy bien. Tiene usted una naturaleza de hierro. ¡Usted puede tirar todavía diez o doce años!

Regúlez, aterrado, se fué a su casa. Cogió un lápiz y un papel y comprobó que viviendo ese tiempo su entierro le saldría por diez mil ochocientas cincuenta y dos pesetas setenta céntimos. ¡No era negocio!

Hizo una nueva cuenta de lo que le costaba en aquella fecha; vió que aún se ahorraba unas dos mil quinientas pesetas, y sacando su revólver de la mesa de noche y murmurando satisfecho: «¡Aún está en condiciones de precio!», se alojó una bala en el cerebro, que le produjo la muerte instantánea.

ANTONIO PLAÑIOL



Dib.
SÁNCHEZ VÁZ-
QUEZ.—Málaga.

—¡Qué porquería, Pepa: acabo de encontrar en la sopa tu peñecillo!

—¡Gracias, señor, lo estaba buscando por todas partes!



—Espera, mujer. ¡Qué diría Mac Donald si me quitase antes de que acabe su discurso...

Dib. RAM3REZ.—Madrid.

PARA UNA Y PARA MUCHAS

Misiva abierta del todo
que con intención muy noble
deposito en el correo
sin sello, nema ni sobre.

«Señora doña Fulana:
Ya sabe toda la corte

que tiene usted cuatro niñas
lindas como cuatro soles;
niñas que si ya no apestan,
aun siendo lindas y jóvenes,
apestarán cualquier día,
¿y qué va a ocurrir entonces?
Como usted ve que los años



—¿Pero qué haces, hijo mío?
—Ya lo ves: limpiándome los dientes.
—¡Claro! Para eso te he comprado yo el cepillo, ¡para que lo ensucies en seguida!

Dib. GALINDO.—Madrid.

pasan ligeros, veloces,
sin que las niñas encuentren
los deseados consortes,
de esos que juegan al polo
y viajan en automóvil
y ante Camorra se estrellan
a consecuencia de un choque,
en su natural deseo
de hallar cuatro proporciones
que carguen con las muchachas
y a usted la pongan a flote,
aprovecha usted, señora,
todas cuantas ocasiones
halla, para que las chicas
se exhiban de día y noche
y puedan por este medio
lucir sus físicas dotes
y hacer alarde de un lujo
que a ustedes no corresponde.

Lejos de lograr con esto
el fin que usted se propone,
consigue usted que las niñas
en todas partes estorben,
y en el café y en Rosales
se diga de ellas horrores;
porque tenga usted entendido
que de estas exhibiciones
son muy raras las mujeres
que sacan la piel incólume,
porque las lenguas, señora,
no pueden estar inmóviles,
e igual desuellan a un prójimo
que rezan un paternóster.
Con tal sistema es difícil
que sus deseos se logren,
porque no es ese el sistema
para dar caza a los hombres,
y eso que aún quedan incautos
fundidos en viejos moldes
que se enamoren de veras
y al matrimonio se arrojen.
Pero, además, oh señora,
no se haga usted ilusiones:
es cierto que son sus niñas
manjar digno de los dioses;
pero también es muy cierto
que las pobres son muy pobres,
porque ya sabemos todos
que su difunto consorte
por toda herencia no pudo
dejarlas más que un buen nombre.

¡Y con el nombre, señora,
ni se almuerza, ni se come!
En fin, señora, es preciso
que su sistema reforme,
si quiere usted que las niñas
hallen los soñados cónyuges,
porque lo que es de otro modo,
como el cielo no le apoya,
tiene usted hijas solteras
para diez siglos o doce
¡o hasta el día en que terminen
las obras de la Necrópolis!

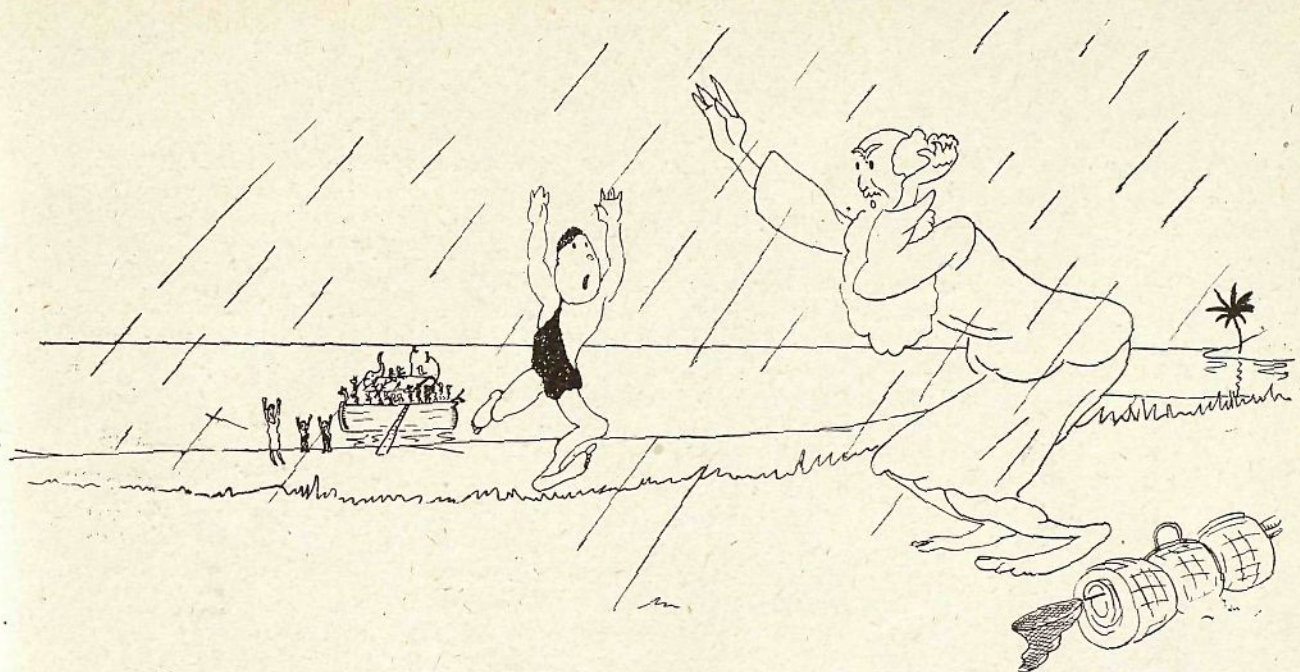
M. SORIANO

BUEN HUMOR se vende en LONDRES en Coin de France, L^{td}.



17, Green Street, Leicester Sq.





Dib. SAMA.—Madrid.

AL COMENZAR EL DILUVIO

CAM.—¡Papá, papá! ¡Falta la pulga!

Noé.—¡Pues estamos apañados! ¡¡Cualquiera se busca la pulga con este tiempesito!!

EL QUESO DE BOLA

(Cuento Gitano)

Rafaé Domíngues, er Melo, estaba casao, por detrás de la Iglesia, con Pastora, la Garbosa. De este matrimonio, o como quieran ustedes llamarlo, nasieron cuatro chavalillos que, si por lo chicos se podían tapá con una teja, eran unos hombresitos afanando lo que encontraban mar puesto.

Er Melo se dedicaba a la cría de gallos de pelea; pero bien porque bebiera más chatos de los que podía pagá, o porque tenía la negra en cuantas riñas tomaban parte sus gallos, lo cierto es que ca vé que abría er cajón de la cómoda en busca de parné no encontraba ni pa mandá cantá a un siego.

De ér se podía desí aquello de que no conosía ar rey ni por la monea. No es de extrañá, por lo tanto, que ya la familia se hubiera comío tos los gallos con arró.

La Garbosa vendía canastas de colá, por esas calles de Dió, y se podía da por mu contenta la noche que, ar gorver a su casa, llevaba unos cuantos reales con que tapá el abriero de boca de sus churumbeles.

De éstos ya se ha dicho que andaban a sarto de mata buscándole las güertas a los tenderos y, cosa de comé que guipaban, si estaba al arcarse de sus gitanas manos, ya podía su dueño despedirse de ella para toa la vida.

En una de estas correrías, Veneno, er mayó de los hermanillos, afaná un queso de bola. Llegó Veneno a su casa orgulloso de la compra, y la familia se dispuso a darse un banquete con er producto del honrao trabajo de aquer chiquillo. Pero allí fueron las fatiguitas negras pa podé partí er condenao queso.

Probaron a haserlo con un cuchillo, y na; con un serrucho, y na; quisieron partirlo con un sinsé y un martillo, y na. Er queso no se ablandaba ni echándolo en remojo.

Ya cansaos de probá de mir maneras, acordaron dejá aquella bola colorá pa que los chavales jugaran con ella, y a la cama se fueron a dormí con más hambre que un recaudadó, acostándose, como de costumbre, los cuatro cha-

veas a los pies, y er matrimonio a la cabesera.

Seis personas en una sola cama no es pa está mu horgaos, que digamos; pero, en cambio, las noches de frío se pasan armirablemente.

Pues, señó, que, de pronto, empesaron las nubes a desí «agua va» y los rayos a iluminá er sielo y los truenos a dejá sorda a la gente.

La Garbosa, muertesita de miedo, comensó a resá y, con mucha angustia, desía:

—¡Que Santa Bárbara bendita venga a protegernos! ¡Que las Tres Personas de la Santísima Trinidad bajen pa ponerse a nuestra vera! ¡Que las onse mir vírgenes nos acompañen!

Er Melo, que la escuchaba, exclamó sin poderse contené:

—Mira, so grandísima hija de tu mare, estamos aquí como sardinas en lata y ¿entavía vas a llamá a más gente? Déjate de oraciones y saca er queso ar corrá, a ve si lo parte un rayo.

GUILLERMO HERNÁNDEZ MIR

RAMONISMO

LOS SUPPLICIOS DE LOS NIÑOS

Ahora los niños no son sometidos a exámenes previos con muchos «¿qué es mentir?» y «¿qué es jurar en vano?», sino que son sometidos a suplicios terribles y a sorpresas insospechables.

Unos aparatos oscuros como máquinas fotográficas de gran tonelaje les



amedrentan y parece que procuran escapar de su listeza y darles el pego.

Ahora, para probar la capacidad de un niño, se le lleva, como a casa de un óptico, a casa de un pedagogo experimental, y allí se le comienza a meter en laberintos que anonadan a los niños geniales y sientan muy bien a los médicos, cuya alma no siente la atónita repugnancia a esos aparatos y no se cierra ante ellos herméticamente como almeja digna.

Números muy grandes al lado de números muy pequeños, letras mayúsculas de abecedarios trasapelados, figuras geométricas desiguales y reenganchadas, combinaciones de color extrañas e impronunciables como palabras compuestas sólo por consonantes, etc., etc.

El pobre niño, al que le sacan la inteligencia como una muela, y al que le esperan emboscados los que sólo desean darle un golpe en la cabeza, se queda patidifuso y perniquebrado en el cepo de las máquinas experimenta-

les, que son como cazaniños de precisión.

En el biombo oscuro aparece y desaparece un número o una palabra, y el experimentador pregunta: «¿Qué ha visto?» El niño, sensible, que estaba atemorizado, no ha visto lo que ha brotado en la obscuridad; sin embargo, sabe que de esa prueba depende su porvenir y su clasificación entre los animales racionales, y eso le cohibe más.

El padre tiembla. Están pesando en la clínica el alma de su hijo. La balanza es de gran precisión y él tiene mucha fe en ella, pero aquello va a resultar demasiado riguroso y el niño no va a poder escapar por ningún lado. Los caaalondras de la infancia están preparados.

—Pronto—dice el profesor de pronto—, ¿qué había ahí?

—Un rompecabezas — responde el niño, que ha visto unas cosas confusas y entrecortadas.

El pedagogo juzga al niño por la respuesta como un niño cínico de primera clase, clasificable entre los afonolitoríngicos.

Nuevos sucesos en escenarios muy lejanos distraen al niño, que alcanza la clasificación «cero, cero» en la inven-

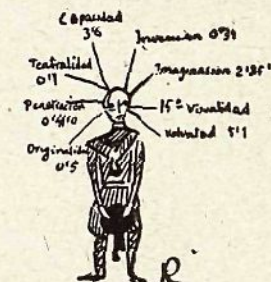


ción, como si tuviese la inteligencia rapada con la máquina más rapona.

Yo he visto esos aparatos y he visto a dos profesores ensañándose en preparar otros nuevos con aparatos des-

pertadores viejos. Sudaban los dos sobre sus aparatos sinuosos, alternantes, falsarios, y sonreían pensando en la trampa que aquello iba a ser para los niños.

Como en un exprimelímones ha sido exprimida la inteligencia infantil, y el pedagogo ya sorbe el resultado.



El niño está inerte y vacío como los muñecos de los ventrílocuos cuando el ventrílocuo pasa de unos a otros. Es como el *Hece Homo* infantil, con la corona de espinas clasificadora puesta en la cabeza. Parece que el experimentador se lo ha comido como si fuese un cangrejo.

Los últimos aparatos absurdos mueven sus aspas, son cartabones y movilizan sus escuadras. El niño llora ya de temor ante la nueva pedagogía.

¡Qué felices los que no fuimos sometidos a todas las máquinas calculadoras e interferentes!

¡No tuvimos ni servicio militar obligatorio ni contradanza de letras, números y cartabones! ¿Podrá ser humorístico el futuro después de estas castraciones, mediciones y concatenaciones?

El inaprensible sentido humorístico, cohibido y maltrecho por los aparatos de cazainfantes, sufrirá en la humanidad futura.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones del escritor.)

BUEN HUMOR se vende en París en el quiosco 1.º del bulevar de la Magdalena (frente al número 27)



XILOGRAFÍA DE BARBERO

—¡Mire usted, señora Blasa, qué golpe le han dado al pobrecito!
—A ver, rico. ¿dónde ha sido?
—¡En la plaza del Celenque!

COSAS DE MI VIDA

EL HOTEL DE LA CIUDAD LINEAL

El día que adquirí el hotel de la Ciudad Lineal fué el más dichoso de mis días.

Verdaderamente, sin que nadie pueda tacharme de fantástico, la compra había sido un gran negocio. Dos mil pies de terreno, tres pisos, cuarto de baño, que recordaba la playa de Deauville a la hora de la pleamar, teléfono, termosifón, instalación de radiotelefonía, pararrayos, campo de tennis, campo de fútbol, velódromo, aeródromo, hipódromo, garaje, pozo artesiano, lavaderos, todo por treinta y cuatro pesetas, a pagar en cincuenta anualidades.

Los amigos me envidiaban; las amigas se desmayaban en mis brazos al conocer la noticia; durante algún tiempo, viví a diez milímetros del Empleo: fuí dichoso. La felicidad humana, que

tarda más en llegar que los tranvías del barrio de Pozas, me acarició con sus aterciopeladas manos.

Hay que advertir que el teléfono del hotel no funcionaba, que el termosifón estaba estropeado, que a la instalación de radiotelefonía le faltaba la antena, que los pararrayos no atraían más que la indignación de los vecinos, que el campo de tennis medía ochenta centímetros de largo por trece de ancho, que el campo de fútbol tenía las mismas proporciones, que el velódromo era algo más pequeño, que el aeródromo estaba cubierto por un techo de cemento, que en el hipódromo no cabía más que un caballo, y eso a condición de que no se moviese; que el garaje disfrutaba de dos ventanas, pero de ninguna puerta; que el pozo estaba seco y que los lavaderos eran de celu-

loide falsificado. Pero estas minucias no alteraban en absoluto la importancia y la baratura del hotel.

El día que entré en la finca por primera vez, observé que los techos eran un poco bajos, razón por la cual me vi en la necesidad de recorrer las habitaciones andando a gatas para evitar la posible abolladura del cráneo. Este insignificante extremo tampoco hizo mella en mi espíritu, siempre alegre desde que realicé aquella compra.

También vi que la cocina no tenía salida de humos; el arquitecto no quiso aumentar el precio de la finca con la provisión de chimeneas, obra a todas luces superflua, y pienso que hizo bien: desde pequeño he amado las comidas fiambres.

Un levísimo detalle me contrarió al principio: en la construcción, perfectísima, habían olvidado hacer la escalera. Mas pronto volvió a mí la tranquilidad al ver que en el jardín descansaba una escala de mano que facilitaba el acceso a las habitaciones altas y poetizaba las ascensiones, dándoles un tinte medioeval y romanesco.

Ninguna puerta ajustaba bien. Esto me alegró sobremanera, porque nada hay que tanto me moleste como esas puertas que cierran a la perfección y que impiden echar objetos por debajo. Una vez cerradas, las puertas de mi hotel permitían la entrada de una caja de caudales por debajo de sus maderas, y, en vista de ello, decidí entrar en las habitaciones sin entretenerme en abrir la puerta respectiva, cosa que simplificó mi existencia de un modo considerable.

Todo el que me lea estará conforme conmigo, en que un hotel que reúne tan excelentes condiciones merece el respeto y el cuidado más singulares. Yo, que lo comprendí así desde un principio, determiné comprar un perro que se encargase de custodiar la finca en las épocas que yo debía permanecer alejado de ella para atender a los trabajos que me proporcionaba mi fábrica de objetos para bromas de Carnaval.

Adquirir un perro no es cosa tan fácil como gobernar una nación, y por ello a nadie extrañará, seguramente, que tardase en encontrar lo que deseaba.

Por fin, en una agencia matrimonial, hallé el perro que pedía. Advertí a los maliciosos, que en esto de encontrar un perro en una agencia matrimonial, no hay ninguna alusión a las hermosas señoras y señoritas que allí suelen guardar su filiación en espera de que alguien las lance de cabeza en el proceloso estanque de Himeneo. Encontré el perro, porque el jefe de la agencia era un decidido amante de la caza de la



Dib. SERNY.—Madrid.

—Ayer vi a tu novio de negro.

—Sí, hija; es que está contratado para tocar en el jazz-band.

avutarda melancólica, deporte para el que necesitaba la colaboración perruna. Y tenía tantos perros de todas las razas y de todos los tamaños, que su casa parecía una hucha.

Elegí el que me pareció más fiero y más bilioso, puesto que su futuro oficio de guardador de la propiedad ajena exigía semejante carácter, y probé sus dotes de mal genio. Pronto me convencí de que había hecho una compra magnífica. En el camino hasta el hotel, el perro mordió a doce personas y a seis guardias y se comió veintitrés gatos, dando indudables muestras de quedarse con hambre. Víctima de una triste y lamentable equivocación, me convertí en un abrigo en una linda colección de serpentinatas, y aferrándose con los dientes a mi bota derecha, invitó a los dedos de mis pies a que saliesen al

exterior para que no sufriesen más en aquel doloroso encierro. Ellos, los dedos, no tardaron en obedecer la repugnante proposición, con gran júbilo de los transeúntes.

Pero era muy difícil que yo me pusiese de mal humor aquella tarde; es preciso darse cuenta de que había encontrado el sistema de custodiar seriamente mi magnífico hotel de la Ciudad Lineal. Y mientras el perro iba comiéndose la petaca, la cerillera, el cuaderno de las apuntaciones, el reloj, los lentes, los guantes y, en general, todos los objetos que le entregué para que se entretuviese, yo sonreía pensando en que, con un animal tan terrible en el jardín, nadie sería lo suficientemente suicida para intentar penetrar y robar en mi hotel.

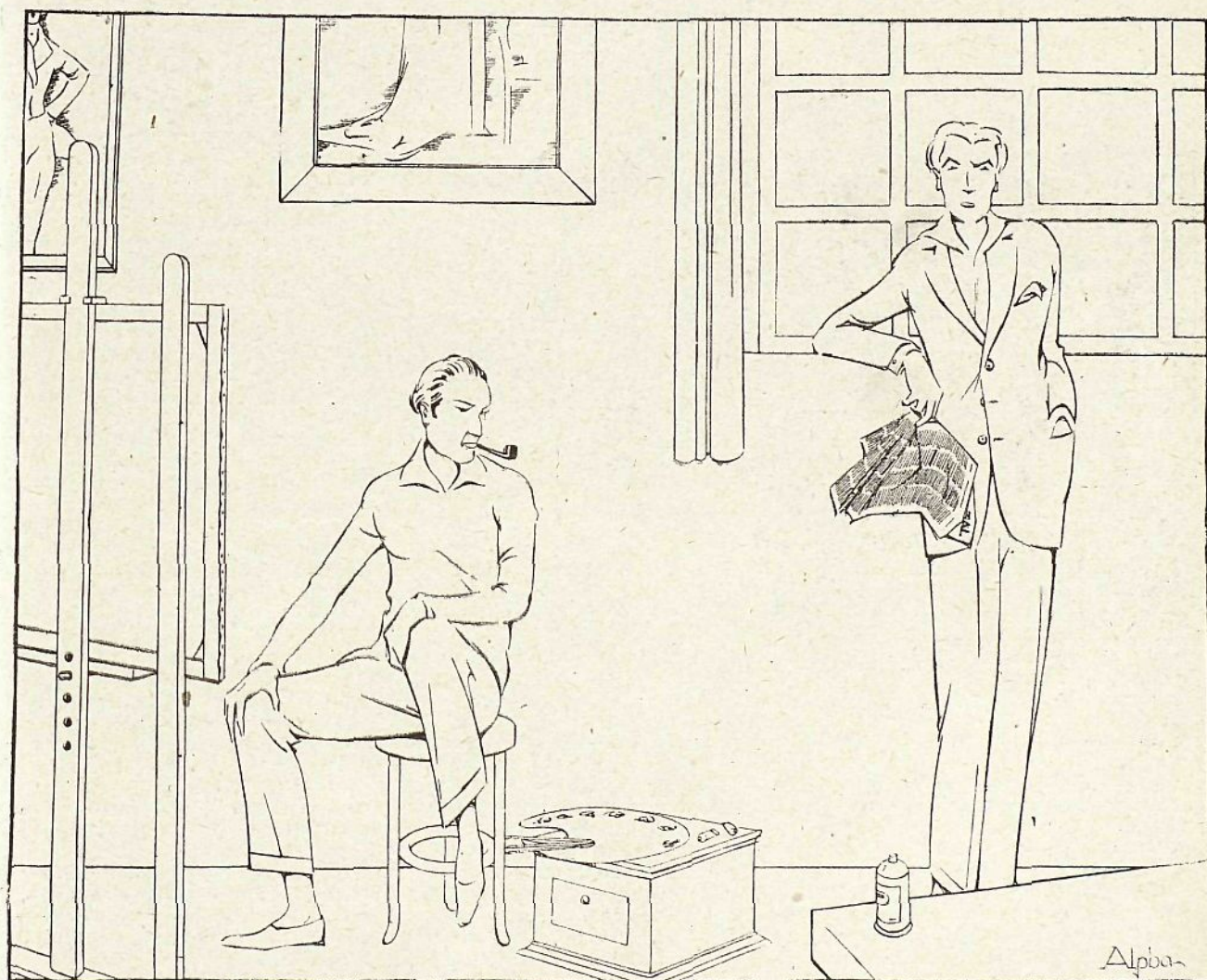
Poco tardé en convencerme (de que

estaba en lo cierto. En el momento en que el perro se comía mi pluma estilográfica, asegurando con un lardido de dolor que era «Watterman», llegamos uno y otro al hotel de la Ciudad Lineal. Ya era tiempo; un kilómetro más de camino, y habría tenido que sacrificar a la voracidad del perro mis maravillosos tirantes de goma laca.

Con un hábil movimiento, abrí la gran verja de hierro y precipité al perro dentro de la finca para que cumpliera con su deber de guardarla.

No he podido quejarme de su celo. El perro lo custodia de tal manera que no he vuelto a poder entrar, ni vestido de buzo, en el hotelito de la Ciudad Lineal.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. ALPHA. —Melilla,

ENTRE ARTISTAS

—¡Canallas! ¡Asegurar que no tengo talento!
—Pues... puedes asegurar que por mí no lo han sabido...

“BUEN HUMOR” EN PARÍS

CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO REGOCIJADO

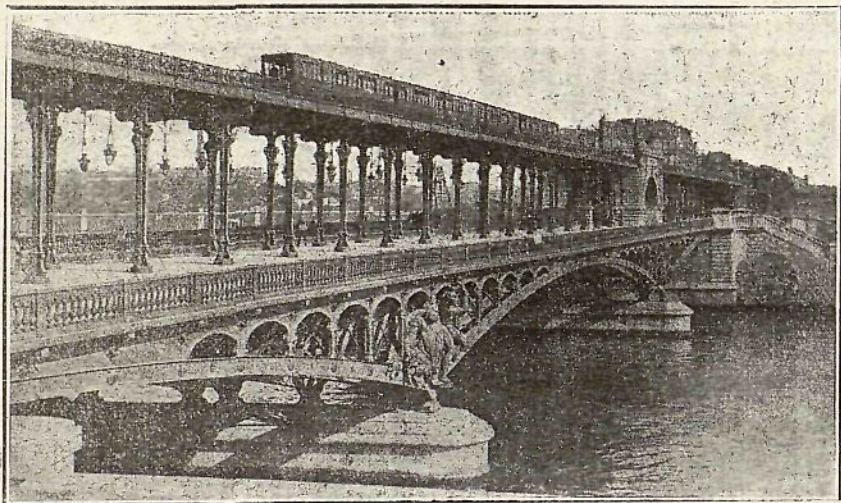
LXIX

Siento muchísimo el tener que decir de los parisienses lo que voy a decir hoy, pero no tengo más remedio que decirlo... O es uno cronista o no lo es; y aunque yo no estoy muy seguro de serlo, hay algunas personas benévolas que se creen que lo soy, y con las cuales me portaría indecorosamente si las ocultase algo de lo que aquí estoy viendo o de lo que, aunque no lo vea, me consta; o de lo que, aunque ni lo vea ni me conste, tengo ligeras sospe-

seco la afirmación que yo acabo de hacer, y gracias!... Si París tiene actualmente cuatro millones de circunstancias, podemos asegurar con la seriedad de un cadáver putrefacto que tres millones y medio se tambalean por las calles un día sí y otro día casi sí, por efecto de reiteradas y contumaces ingurgitaciones vitivinícolas, verificadas a despecho de lo criminalmente malo que es aquí el vino, ¡que si fuera bueno, no sé qué iba a ser esto!... El otro medio millón de habitantes que he dejado sin beber lo constituyen los

Sentada, pues, la verdad inconcusa de que aquí se emborracha todo el que puede, y de que el que no puede empieza a hacer esfuerzos hasta que consigue poder, es de justicia reconocer que cada *quisque* pesca las merluzas con arreglo a su posición social y con el respeto debido a su rango. En París, lo mismo se encuentra usted con un establecimiento titulado *Buvette des cochers*, que con otro que se llama *La chope des sénateurs et députés*, que con un tercero en cuyo rótulo dice *Le bock de Poincaré*, o con un cuarto, y más elegante aún, denominado *La bouteille de Louis XV*, demostraciones indiscutibles de que en Lutecia lo mismo los cocheros que los monarcas tienen su corazoncito y de que aquí están tomadas todas las medidas para que se pueda agarrar una jumera desde la forma más cochinamente democrática hasta la más versallescamente distinguida. Es más: en la disposición en que andan por la calle los que ya la han pescado, se puede adivinar fácilmente si son personas ilustres o sujetos vulgares. En París un escritor no hace las eses como un mozo de cuerda. El escritor, al hacer una ese, tiene el prurito de demostrarnos que sabe escribir y la hace hasta con primores caligráficos, mientras que el mozo de cuerda la hace como le sale, que generalmente es mayúscula, cosa que no le he de criticar aquí como una falta ortográfica, porque ya es sabido que no es igual hacer las eses con tinta que hacerlas con tinto. Hay también otro detalle que sirve para diferenciar a los borrachos egregios de los curdas populares: un *fajada* que pertenece a la honrada clase de albañiles suele agarrarse, en los momentos culminantes del mareo, a los faroles de gas. Si el beodo, por el contrario, es director de un Banco, no se agarra más que a los postes que sostienen los focos eléctricos; ignoro si porque son más elegantes o porque son más gordos y ofrecen mayor seguridad. Desde luego, en París, los que pillen la cogorza no tienen otra solución para sostenerse; pues es perfectamente inútil que pretendan agarrarse a su esposa o a un amigo cariñoso que les acompañe, porque da casi siempre la funesta casualidad de que la esposa o el amigo fiel la han cogido también sin saber cómo... o sabiéndolo, pero la han cogido.

Aquellos de mis lectores que no hayan estado en París, creerán seguramente que en todo lo que yo estoy diciendo hay un evidente e infame propósito de exagerar las cosas, y algunos más bondadosos estarán pensando que



EL PUENTE DE PASSY

Con el encomiable fin de que en esta crónica no todo sea hablar de vino, damos esta fotografía del Sena, que es la única cosa con agua que hay en París. Debemos advertir, con la seriedad que nos caracteriza, que la razón de que el Sena tenga agua está precisamente en que aquí no la beben ni los calenturientos, y por eso toda la que entra en París se vuelve a marchar sin que la haga caso nadie. Todo eso de los elogios al Sena son hipocresías de los parisienses. En realidad, no le pueden ver ni en pintura. Ustedes, que son más generosos, ya veo que no tienen inconveniente en verle en fotografía.

chas de que sucede o fundados temores de que va a suceder en seguida.

Vuelvo, pues, a repetir que lo siento con toda mi alma, pero que me veo en el frísimimo trance de tener que propalar desde estas columnas una cosa que en París va a hacer muy mal efecto cuando se enteren de que la he propalado; pero como resulta que nadie ha tenido la precaución ni la amabilidad de comprar mi silencio, ni siquiera de preguntarme discretamente en cuánto lo vendía, estoy libre de todo compromiso y voy a hablar claro, pero que ahora mismo.

El golpe es el siguiente: París es la población del mundo donde hay más curdas. ¡Así, en seco!... ¡Es decir, en

individuos que no tienen un amigo que les convide a una copa, los niños menores de un año, los sacerdotes (no todos), los enfermos (muy pocos, pues aquí a los pacientes se les suele recomendar que beban algo cada veinticuatro horas, y algunos se exceden y pimpan algo cada veinticuatro segundos) y la mayoría de los taberneros, los cuales no beben casi nunca, y no por falta de ganas, sino porque los parroquianos no les dejan ni el más pequeño margen de líquido ni la más leve gota olvidada en el fondo de una copa. (En París, eso de la copa del olvido, es una cosa inconcebible. La gente se acuerda de todas y hasta que no enjuga la posirera, no se va a la calle.)

el que tiene en este momento una papalina de órdago es un servidor y que en lugar de hacer esos me ha dado por hacer un artículo completo. ¡Pues, no, señores!... Juro, con la mano puesta en la cruz de Puerta Cerrada, que estoy fresco y que las merluzas de los parisienses están todavía mucho más frescas que yo. Y apelo al testimonio de los lectores que, por sus negocios, o por haber sido pensionados por el Gobierno, o por haber tenido que huir de su suegra, o porque les ha dado la gana, han ido a París alguna vez. Todo el que haya entrado en un café parisense habrá visto por lo menos a catorce señores bebiéndose catorce vasos (cada uno) de rico peleón, escanciado delicadamente sobre el pórvido rojo de las mesas por un camarero distinguidísimo, lo que quiere decir en buen castellano que el procedimiento es elegante, pero que el vino es como el que en Madrid nos atizamos en las tabernas sin tanto lujo de *mise en scène*. Todo el que haya ido un día a presenciar una sesión en la *chambre des députés*, habrá podido observar que los que no piden la palabra salen al *buffet* y piden una copa por menos de nada; y es cosa probada que cuando estos diputados, que están educadísimos y que son incapaces de faltar a nadie, se han llamado *cochons*, *idiots* y *bazins* o se han regalado mutuamente unos cuantos puntapiés en el estómago, no era por discrepancias políticas, sino porque tenían debajo del cráneo una de vapores de alcohol como para atestar el puerto de Marsella. Aquí se bebe en las bodas, se bebe en los entierros, se bebe en los nacimientos, se bebe en las primeras comuniones, se bebe si se sale bien de los exámenes, se bebe si se sale mal, se bebe a la salud de Herriot, a la memoria de Napoleón y para olvidar la pena que produjo la muerte de Landrú. Este es el país que para premiar a los aviadores, a los boxeadores, a los corredores automovilistas y a los caballeros de carrera, inventó *las copas*, aunque por un inexplicable descuido empezó dándolas vacías. Y hora es ya de decirlo muy alto: éste no es el pueblo del coñac, ni del champagne, ni del ajenjo, ni del bitter; éste es, sencillamente, el pueblo del vino tinto.

Voy a darles a ustedes una suprema razón: en París hay un mercado de vinos, pero así, como suena: un mercado más grande que nuestra Plaza de la Cebada, dedicado exclusivamente al ajetreo, movimiento y trasiego de cubas, pipas, barricas, damajuanas y botellas, y todas llenas hasta los topes, si bien esto dura muy poco porque se vacían hasta las heces a los pocos segundos de aparecer en el mercado. Este colosal establecimiento tiene la divertida particularidad de estar cruzado por varias calles que se llaman *rue de Bordeaux*, *rue de Champagne*, *rue de Bourgogne*, *rue des eaux de vie* (o

calle de los aguardientes, para darlo bien traducido) y otras *rues* o calles por el estilo, en cuyos títulos hemos echado de menos el callejón de la trúpita, la plaza del amonfaco, la travesía de las libaciones y la glorieta de a beber y a apurar, donde hubiese venido como anillo al dedo, o como copa al colete, una estatua de Garibaldi (pero del Garibaldi de Madrid).

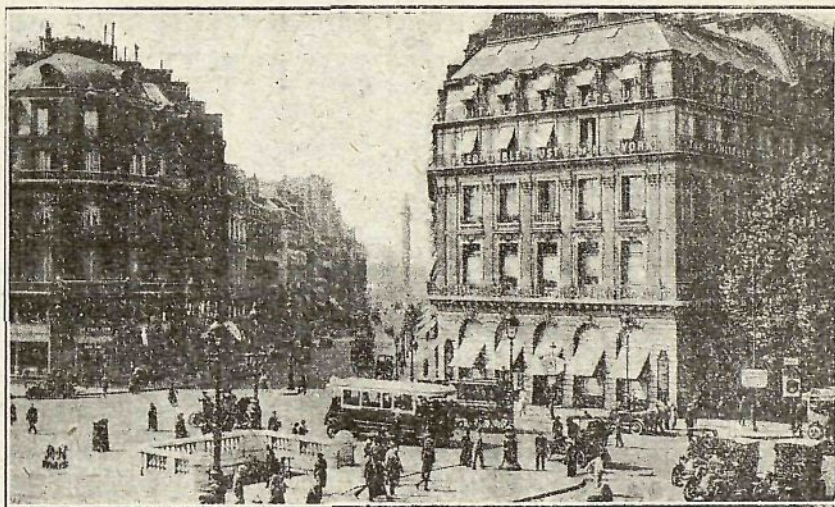
Calculen ustedes lo ameno que resultaría tener en la villa del oso un mercado análogo rodeado de unas vías públicas denominadas calle de Valdepeñas, plaza de Chinchón, pasaje de Arganda y cuesta de Montilla; lo desconcertante que sería para un inquilino de esas calles decir: *me tiene usted a su disposición en el quince de Valde-*

Si en París hay tanto borrachete por las calles, ¿por qué los guardias no les detienen para ocultar ese ludibrio a los ojos del extranjero?

¡Ah, señores, la contestación es desoladora!... Los guardias no pueden afeitar la conducta de los *curdas* por la triste razón de que la mayoría de ellos están también en estado de gracia.

Y ¡vaya una anécdota, como demostración de lo grave que es aquí el paoroso problema vinícola!

Un caballero, portador de un jumeazo monstruoso, pasó hace poco por la *rue de Tolbiac*. Un guardia, asimismo oscilante e incoherente, le echó mano y le condujo al próximo puesto de policía. Comparecieron los dos ante el comisario, cuyo comisario acababa



EL CENTRO DE PARIS

Fotografía del corazón de esta incontrovertible capital. Ha sido tomada por un servidor el pasado martes por la mañana, a las doce.

La cosa pasó así: un amigo mío llevaba en la mano varias fotografías de este encantador lugarejo. Me las mostró, vió que me gustaba ésta, y me la ofreció galantemente. Dudé en tomarla, insistió el parisiense amigo y, por fin, la tomé.

No creo que nadie dude ya de que ésta es una fotografía tomada por mí el día que he dicho hace poco, o sea el martes por la mañana, a las doce, por si acaso se les había olvidado a ustedes.

peñas, o en el *dos de Chinchón*; y lo raro que habría de parecernos el tener que ir al mercado a comprarnos unas botas (a los que no nos conformásemos con unas botellas) del número treinta y nueve o del cuarenta y uno.

Pues una cosa parecida a esto que decimos de la villa del oso es lo que en está pasando hace ya muchos años París, que, a fuer de cronistas imparciales y liberales, debemos llamarla, de hoy para siempre, la Villa de la *mona*.

LXX

Una duda les habrá asaltado a ustedes.

de tener la desgracia de asistir a unos esponsales, pero que, a pesar de tener la vista un poco insegura, se percató de la situación del guardia y *su pareja*.

Y dicen que dijo el comisario con voz tronante y furor categórico, dirigiéndose al guardia:

—¡Bueno! ¿Pero aquí quién es el borracho?

Y dicen que contestó el caballero detenido:

—¡Los tres, señor comisario; para qué vamos a andar con tonterías!...

ERNESTO POLO

París. —Restaurant Lapérouse. —Septiembre.

“BUEN HUMOR” VERANEANA

IV

Notas

Un reloj formal.—En el paseo de la Concha, encaramado sobre un pilarote de piedra, hay un reloj, un reloj que se divisa desde toda la playa. Su situación es la más estratégica que un reloj veraniego puede desear.

Nunca se ha visto un reloj más firme, un reloj menos inconstante y veleidoso. Mientras otros relojes se atrasan y se adelantan y cambian de hora a cada momento, éste tiene la grave firmeza de mantener la hora que señala, como el hombre de honor mantiene su palabra.

Ya podrán otros dar sus campanadas y poner sus agujas unas veces arriba y otras abajo. El reloj de la playa nunca cambia de hora. Nadie le ha conocido fuera de las cinco menos veinticinco. Fija, perennemente, es así.

Al principio, el veraneante se permite algunas bromas:

—¡Hombre, es temprano! ¡Todavía las cinco menos veinticinco!

—¡Caray! Entré a las once en el baño y salgo a las cuatro y media y cinco. ¡Con lo que los baños largos debilitan!

Pero luego todos se acostumbran a este reloj invariable y le toman cariño, disculpándole ante los demás.

Si yo fuera un cazador de símbolos, diría que acaso este reloj está en lo cierto, que sólo hay una hora en nuestra vida—la del amor, la de la gloria, acaso la del arrepentimiento—que merezca la pena de quedar señalada, aun-

que la vida siga y las horas cambien. Todos llevamos dentro nuestra hora.

Si yo fuera un hombre de los que viven pendientes del reloj, de los que a cada paso lo sacan y consultan, de los que tienen prisa, diría que ese reloj debe componerse, que no hay derecho a que un reloj entorpezca la vida, y que si un reloj de altura no está para indicar la hora, carece en absoluto de otras explicaciones.

Pero no soy nada de esto, y la tozudez de un reloj de piedra que no quiere andar y que se atranca y entorpece a los que le consultan, de ese reloj firme y socarrón, me encanta.

No va con los demás, marca su hora. En la vida, a los hombres que son así, se les llama locos, pero luego los años le dan la razón.

Papeles.—San Sebastián es quizá la población más limpia de España. No por virtud, sino por ley. Al que tira un papel en el suelo se le reconvenirá duramente; tal vez un celador le impondrá una multa. Luego, un hombre irá llevándose los papeles tirados a lo largo del paseo.

Esto me parece excelente.

Pero ya no que, en San Sebastián, se repartan en la calle todas las mañanas ininidad de prospectos anunciadores.

Todos tomamos en la calle un prospecto anunciador y hasta pasamos la vista sobre él. Luego ¿para qué lo hemos de guardar? El prospecto, una vez leído, debe arrojarse al suelo. No cabe en nuestros bolsillos, demasiado llenos.

Pero aquí no es posible. Si uno echa un papel al suelo, le multarán. No hay más remedio que doblar cuidadosamente el anuncio y guardarlo hasta dar en un sitio donde poder arrojarlo.

Y no es uno, son tres, cinco, doce, veinte los prospectos que le entregan al transeunte. Y el transeunte ha de guardárselos todos. Esto es anunciar con alevosía.

¡Qué tragedia la del hombre que se ha de afiborrar los bolsillos de papeles extraños, de anuncios de corseterías, de depilatorios, de calzado, de conservas alimenticias!..

Y es lo peor que no hay sitios donde tirar papeles.

A veces he pensado tirar los anuncios al mar, pero me ha detenido el temor de que aquí esté también prohibido ensuciar el mar.

Esta es la ciudad pulquerrima; pero en la ciudad pulquerrima no se debe permitir anunciar por medio de prospectos.

El anuncio luminoso (sólo hay uno en San Sebastián) es más bonito y no nos expone pagar multas. Además, es más limpio. Sólo ensucia por unos momentos la negrura brumosa del cielo, y se borra después, como si le pasaran una goma.

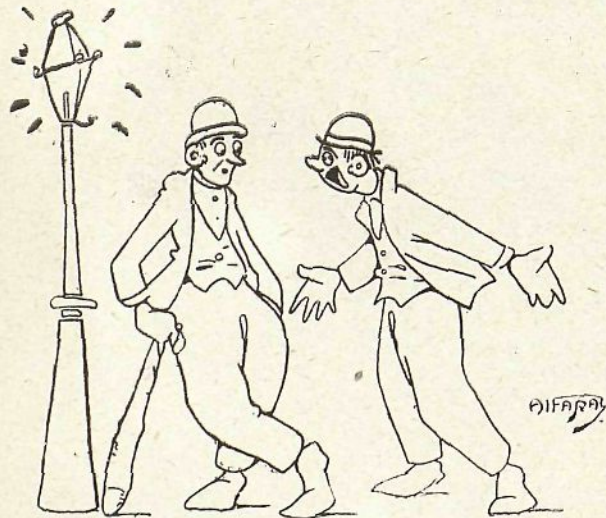
Reflexión.—Hay una reflexión que todo el mundo hace al contemplar el mar. Sorprende a la gente, a boca de jarro, y todos, asombrados en lo íntimo por aquella idea propia, se apresuran a soltarla, por miedo a que se les olvide.

La señora suspende su jersey de punto; el caballero deja de leer su periódico; el bañista la percibe en el paréntesis de un escalofrío; el que pasea en barca se agarra bien para soltarla; el que mira el mar siempre, ese hombre eterno que mira el mar acodado en el pretíl del rompeolas, habla al que está a su lado, aunque no lo conozca. Todos se han sentido arañados por esta reflexión, que es una reflexión universal:

—¡Si el mar se secará!

Y tienen miedo de pensar sobre esto. Se imaginan los peces en seco amontonados como en los escaparates de las pescaderías; dicen que sería el fin del mundo, pero abrigan también el novelesco pensamiento de encontrar los tesoros que se ha tragado el mar, esas arcas llenas de oro de América, que de cuando en cuando aparecen y son el premio gordo de los buzos.

Un nuevo insecto.—Por mi ventana, abierta al mar, entran volando unos bichos negros. Luego caen sobre mi



Dib.
ALFARA
Madrid.

—Buena: ¿Y usted en qué se apoya para faltarme así al respeto?...

mesa, sobre mis cuartillas. Los miro un momento. No tienen alas. He llegado a temer que sean pulgas. Pero no se mueven. Les planto un dedo, con la crueldad del matador de insectos. Se deshacen en polvo negro. De estos insectos negros, migajas de carbón de todas las chimeneas de la ciudad, está lleno el aire. Revolotean un poco y luego caen sobre nosotros. A veces, entran en nuestros ojos, cuando asomamos a la ventana; igual que si, en el tren, miráramos al lado de la máquina.

Las vistas.—A veces, la misma nube de algodón detrás de la isla de Santa Clara, el mismo balandro con la forma blanca de una servilleta de restaurante, las mismas gaviotas, la misma puntilla de espuma rodeando las rocas, hacen protestar al público:

—¡Eso ya lo hemos visto!

Y, entonces, el que cambia las vistas, destaca la nube, aleja las gaviotas y esconde el balandro.

José LÓPEZ RUBIO

San Sebastián, agosto.

P. D.—Estas cosas pueden colocarlas en el orden que quieran. El orden no altera el producto. Envíenme el producto cuanto antes, por giro postal. Mis señas, desde ayer, en un banco del boulevard.

N. de la R.—Nos hacemos los suecos ante las exigencias de nuestro corresponsal. Hasta la semana próxima no podemos mandarle siete pesetas.



Dib. BERNAD.—Barcelona.

—¿Y cuando vuelvas a tu casa qué vas a decir a tu mujer?

—¡Pues que he estado con unas fías!

LOS CABALLOS DE LA PLAZA

La Sociedad, compuesta de hombres formales, protectora de todos los animales, a cuya fundadora saludo atento (aunque no me proteja... por el momento), vuelve a pedir que surian de cobertores a los pencos que sacan los picadores, ya que lograr no puede que se suprima la intervención del penco, que causa grima.

Aplaudo a los que quieren, con sano intento, suprimir de los jacos el sufrimiento, aunque hay algunos socios *muy* protectores del corcel que, no obstante, son cazadores, y el malherir a un gamo o a una avutarda, o a un jabalí o a un tordo, con la *espingarda*, o a conejos y a liebres causar *disgustos*, les importa un pimiento. Y hay que ser justos: no está bien que tan sólo les cause pena ver morir al caballo sobre la arena.

—¡Es que la caza es rica!—dice Rapallo (que acaso en los chorizos come caballo).

Claro está que horroriza ver a un novillo corneando a un jamelgo, y al pobrecillo

exhibiendo las tripas unos instantes... hasta que lo apuntillan *monos galantes*.

Mas si el penco no muere de esa manera, ¡qué desdichada vida la que le espera!

En vez de un cuarto de hora de sufrimiento (y hay muchos que fallecen en un momento), ¡mal final de sus años le aguarda al pobre!, pues, como si sus huesos fueran de cobre y su carne de piedra, son espantosos los palos que le atizan y numerosos, además de un ayuno largo e intenso. ¿Gastar pienso en tal bicho? ¡Ca, ni por pienso! Y el sufrir una vida tan desgraciada, ¿no es peor veinte veces que la cornada?...

Medítenlo despacio los *protectores* y dejen que cabalguen los *picadores*; porque el picar veraguas en camionetas sería un semillero de cuchufletas.

Y conste que suscribe palabras tales quien tiene a veces trato con animales que compasión le inspiran (o impresión grata) más que muchas personas de las que trata.

JUAN PÉREZ ZUÑIGA

CURIOSIDADES Y RAREZAS

I

La primera mujer que en el mundo ha tomado el pelo a su novio fué Dalila, la tremebunda adorada de Sansón. Todos sabemos que no le dejó ni gota.

Y la única ciudadana que no ha encontrado manera de tomárselo a su tierno compañero ha sido Pastora Imperio, la cual, aburrida de no poderlo conseguir, dicen que pronunció esta frase: ¡del lobo un pelo, pero del Gallo no hay modo de sacar ni la raíz!..

II

Se acaba de averiguar que en el desierto de Sahara no es obligatorio el que las caravanas lleven la derecha, principalmente porque los que tienen la satisfacción de transitar por allí no han logrado enterarse todavía de dónde está la derecha y dónde está la izquierda.

III

Cuando un extranjero se quiere nacionalizar en Suecia tiene que pagar una importante cantidad en francos para los gastos del procedimiento.

Cosa que en España nos resulta in-

concebible, pues aquí el que se hace el sueco es precisamente con el noble fin de no soltar una peseta cuando se la piden.

IV

En nuestro país hay una clase de plantas que no se riegan casi nunca, y que la mayoría no se riegan nunca (¡quitaremos el casi, qué caramba!)

Y esas plantas, que viven admirablemente sin necesidad de ver el agua para nada, suponemos que ya habrán ustedes adivinado cuáles son.

Son las plantas de los pies.

V

El único personaje célebre que lleva una barbaridad de años (¡y los que llevará!) en huelga de brazos caídos, es la Venus de Milo.

VI

Los panaderos de Dinamarca son horriblemente celosos. Hasta tal extremo, que, cuando uno de ellos pilla a su esposa y a un amigo desatento con las manos en la masa, agarra un revólver así de gordo y empieza a tiros con la

exaltada y frenética pareja que le ridiculiza.

De manera que resulta de lo dicho que los panaderos de Dinamarca se exceden en el cumplimiento de su misión, pues no sólo hacen pan con harina de trigo, sino que por menos de nada hacen pan con el revólver.

VII

Hay en Madrid un teatro para cuya construcción fueron necesarios un disparate de miles de pies de terreno.

En cambio, las comedias que en él se estrenan no necesitan para escribirse más que dos pies: el derecho y el izquierdo de los autores correspondientes.

VIII

Próximamente se transmitirá por radiotelefonía un concierto de la Banda Municipal y un discurso de Maura, y los radioescuchas se encontrarán ante un problema peliagudísimo.

El de averiguar cuál de las dos cosas es más música.

¡Porque que son música las dos, eso ya estamos todos en ello!

NÉSTOR O. LOPE



Dib. Tiroz.—Barcelona.

—Mi teniente: el termómetro ha descendido.
—¿Mucho?
—¡Hasta el suelo!



Dib. MIHURA.—Madrid.

—La Guardia civil se ha llevado a dos señoritos de los que veraneaban aquí?
—¡Cuando yo decía que esta colonia me olía mal!



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Señora, ya podía usted decir a su marido que no diera esos ronquidos.
—¿Es que le molesta a usted para ver la película?
—No; pero no nos deja dormir a los demás.

LA T. S. H. Y EL "BUEN HUMOR"

ORATORIA NI VISTA NI OIDA

«Pudiera ser esta conferencia una conferencia ni vista ni oída. Vista, desde luego, no será; oída, pudiera darse el caso de que tampoco.

Cuando se da una conferencia en público, tenemos la seguridad de que, desgraciado que va, desgraciado que se aguanta y que oye. No se puede marchar aunque quiera, pues el imprudente que se arriesga a la fuga en un salón de conferencias, aun haciéndolo de puntillas, nota en el acto que el entarimado del salón comienza a crujir con estrépito azorador y tremebundo. El fugitivo, abochornado, tiene en seguida que encoger la pierna como si hubiera pisado el resorte de la caja de los truenos y volverse a sentar a toda prisa en el primer sitio más próximo, para evitar que siga delatándole, de un modo tan escandaloso, el pavimento. Las tablas de los entarimados en las salas de conferencias están así dispuestas, a favor del conferenciante, a manera de perros que ladran y amenazan con morder al oyente irrequieto que quiera marcharse antes de tiempo.

En estas otras conferencias que echamos a volar por el sumidero del receptor radiotelefónico, no nos queda el consuelo de ver que alguien nos oye o de que, por lo menos, hace que nos oye. De pronto ocurre que... Yo sé de radioescucha previsor que ha conectado el hilo con el alambreado del som-

(1) Conferencia pronunciada por su autor en la cabina de la Radio-Ibérica.

mier. Así que el bueno de mi hombre se acuesta y... vengan conferencias. Hay día que no se entera ni del despertador por la mañana, porque se queda dormido con los auriculares puestos, y en vez de servirle para oír, le sirven para taparle los oídos.

Vox clamavit in deserto...

Hay en un juguete teatral de los hermanos Quintero—*La Reja*—un personaje miope que se declara, enamorado, ante la reja de su amada, y se está hablando tiempo y tiempo, fervoroso, sin advertir, por su miopía, que no hay nadie detrás de la reja. Siento que ha llegado para mí una situación semejante... No importa, sin embargo; fué siempre achaque de poetas hablar solos y al aire...

Los suspiros son aire y van al viento...

Y aunque a veces tenemos la pretensión de condensar en estrofas el airecillo de los suspiros—*flatus vocis*—para poderlos así cojizar más fácilmente, lo mismo que hay algunos que quieren hacer pastillas de aire sólido para expender el aire al menudeo, el poeta, sin embargo, el verdadero, no el mercantilizado, habla por hablar... suspira por suspirar...

No importa, no, que se escapen suspiros de mi garganta.

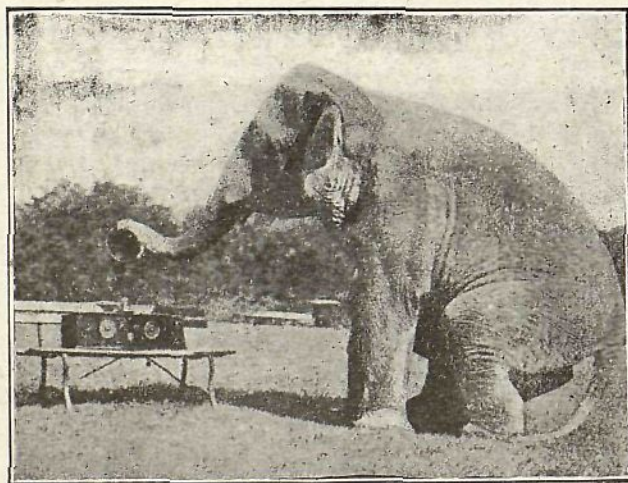
No importa, no...; sigamos, pues, dirigiendo suspiros al azar, ¡Dios sabe dónde! Es esa una situación verdaderamente poética... Cuando el poeta, vagando—o vagueando—por

la selva se dirige a los ruiseñores, ¿no se encuentra en un caso parecido al nuestro de ahora? Habla siempre seguro de que nadie le va a contestar y de que acaso no le escuchan. Y menos mal cuando se dirige el poeta a la noche, y a luna, y al arroyo, y al árbol, y a la nube...

Siquiera están presentes...; pero hay veces, como en el caso de ahora mismo, en las que ni siquiera puede consolarle la presencia de quien motiva los suspiros. Esto es lo que produce casi siempre la poesía. En la mayoría de los casos, cuando el poeta se dirige al ruiseñor, lo hace por mero disimulo. En el fondo, en el fondo no se dirige el poeta al ruiseñor probablemente: se dirige a la ruiseñora X o a la ruiseñorita X prima...—X prima o prima X—que, sin duda, no quieren escucharle. Los poetas, en general, cantan, hablan y suspiran casi siempre por una razón así: porque no nos escuchan, o, por lo menos, no responde, alguna ilusión viva, que suponemos oyendo tras la reja.

Por eso, porque no necesitan para cantar ni que les respondan ni que les correspondan; por eso los poetas son seres superiores. Sólo ellos pueden sobreponerse a la soledad de no tener al lado a quien quisieran, y a la otra soledad: la de tener al lado a quien no sabe hacernos compañía.

Haré, pues, de poeta radio-ibérico sin pararme en reparos de si me escuchan o no... Seré poeta y hablaré. ¿Para quién? Para el Silencio. ¿Para



Tengo, como puede verse, facultades oratorias para interesar a mis semejantes.

(N. del A.)



Un asiduo colaborador mío escuchando, admirado, mi conferencia.

(N. del A.)

quién? Para lo desconocido. ¿Para quién? Para lo lejano... ¿Para [quién? Para él misterio. Así como así, todo lo más íntimo y grande calla siempre. ¿No es Dios, por ventura, el Supremo Silencio? Se habla a Dios, y Dios calla... ¡Inmejorable proceder!... Creo que una de las pruebas mayores de la sabiduría suprema de la Divinidad está, precisamente, en su silencio. Si Dios contestara a muchos, habría caballeros que empezarían a discutirle y a decirle: «Si yo fuera Tú...», lo mismo que dicen en el café: «Si yo fuera Gobierno».

No... Dios calla para que aprenda-

mos todos a callar a fin de oírle; cuando nosotros acabemos de hablar y cerramos la boca para dejarle hablar a El, no nos apuremos, hablará. Hablará en el silencio; no hay mejor elocuencia que el silencio... No hay peor elocuencia, pues, que la oratoria. Callamos, pues... Dicen que el tiempo es oro y el silencio plata. Quizás. De mí, al menos, puedo asegurar que la palabra no me ha producido plata nunca. Puede que me tenga más cuenta convertir en plata el silencio. Voy a probarlo. Silencio.

¡Adiós, muy buenas!

MANUEL ABRIL

ORÍGENES

¿Es cierto que el hombre desciende del mono?, se han preguntado infinitas veces sucesivas generaciones desde que Darwin lanzó sus teorías famosas. Y en respuesta unos decían que sí y otros que no, sin estar nadie en lo cierto.

La verdad es la siguiente: No descendemos del mono solamente... sino de toda clase de animales.

Me explicaré.

Es algo absurdo que puedan descender del mismo animal un boxeador y un modisto de señoras; un científico y un empresario de teatros como... la mayoría.

Los hombres se dividen en varios grupos y cada uno de estos grupos desciende de un animal.

Del mono no pueden descender más que esos asombrosos equilibristas que vemos en los circos, y acaso también, aunque perdiendo gracia, los transformistas e imitadores de estrellas.

Del mico, que es el más cercano al mono, pueden descender los hombrecillos que pintan, escriben y hacen música, todo a la vez, y todo precioso, muy oriental y muy occidental.

Todos podemos tener algo de los pacíficos y tranquilos bueyes, pero cosa es ésta que no podemos averiguarlo nosotros solos. ¿Quién mejor para ayudarnos que nuestra querida mujercita? Preguntémoselo.

Los descendientes del papagayo se pueden encontrar en las plazas y plazuelas subidos en un coche de punto; del chorlito han salido todos los olvidadizos que en el mundo existen, y de las lechuzas los sacristanes.

El atún tiene sus representantes entre los autores de zarzuelas, y el besugo entre el honrado gremio de pescaderos, por aquello de que el trato frecuente engendra el parecido fisonómico, por cuya razón también algún cochero se puede semejar al caballo que gufa, al menos en la afición por el mismo alimento.

Estudiando la figura de muchas artistas de teatro, y pudiendo averiguar sus años, se hallan analogías sorprendentes con el loro, cosa rara en verdad, pues las madres de estas señoritas tienen sus orígenes en las gallinas.

Si los hipopótamos usaran gafas de concha y tuvieran la manía de ser inteligentes, se vería el parecido que con los grandes editores tienen.

Los escritores pornográficos y los camellos son de la misma raza; el bo-

nito y el milano tienen reproducidos sus rasgos característicos entre los horteras, y el canguro entre los pollos bien.

No se crea el lector que éstos son parecidos más o menos afortunados; son indudablemente los orígenes de todas las clases sociales.

El animal irracional influencia de una manera indirecta en el hombre, bien en su temperamento, bien en su fisonomía, al extremo de marcar el rumbo de su vida (oficio, aficiones, virtudes y vicios).

¿Quién duda, por ejemplo, que doña Lolita, la dueña de aquella casa de viajeros, ha nacido bajo el poder o sugestión de la ballena y conserva grandes semejanzas con ella? ¿Y quién que se precie de suspicaz no descubre en los huéspedes, pensionistas, pupilos, o como queráis llamarles, de dicha señora, la contextura anatómica y espiritual del lenguado?

Acaso haya quien pregunte si no existe ningún animal que descienda del hombre; mas nosotros no podemos responder a esa pregunta, porque sólo sabemos de un caso que está en duda.

En efecto: es tan legendario el hambre en el poeta y su manutención del aire, que no se puede asegurar si este humano ser desciende del camaleón o es el camaleón el que desciende del poeta.

ANTONIO LEFLER



Dib. PADILLA.—Santander.

—Siendo gusto de mi hija, estoy conforme. Pero me parece que ustedes los artistas piensan poco en el porvenir.

—Tenga usted en cuenta que yo soy futurista.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

INAUGURACIONES

¡Ea! Ya estamos otra vez en la brecha. Cuando las líneas presentes tengan el inefable placer de contemplar la luz radiante y dominical del próximo día festivo, nosotros habremos salido de la tercera inauguración de la temporada teatral: esto quiere decir—porque el parrafito ha salido de lo más obscuro, a pesar de la luz radiante—que serán ya tres los teatros que hayan comenzado sus funciones y su lucha cuerpo a cuerpo con el público dueño y señor. ¡Muy señor nuestro y de la más distinguida consideración!

Y la verdad sea dicha con toda humildad y respeto, este avance de las guerrillas de la diosa Talía no ha satisfecho ni al que paga ni al que pega: el que «pega» es un servidor de ustedes, aunque no tanto como debiera y como su fama de «hombre terrible» hace esperar a algunos.

¡En el descomunal «match» de boxeo, entre el monstruo de mil cabezas—el público—y las empresas teatras, las primeras fiestas y los primeros golpes corresponden al monstruo, que por las señas piensa no tener compasión con su adversario y dejarlo «k. o.» en cuanto se descuide... y parece que se va a descuidar.

El año teatral, y bien nos pesa, va a ser algo muy serio. Sabemos que los habituales a los estrenos están decididos a no dejar que pase el miserable gato por la suculenta liebre, y para

estrenar y representar comedias será preciso «atarse bien los machos»—símil taurino que casi nos evita decir que muchos van a ser revolcados y enviados a las nubes para la mejor contemplación de nuestro vecino Marte—y no andarse con astrakanadas líricas ni poéticas...

Traducido al romance vulgar, equivale todo lo anterior al anuncio de que «se va a armar», y que nosotros los periodistas no vamos a tener otro remedio que corresponder en la medida de nuestras fuerzas al «palizón» justo e implacable que se ganarán los que se pasen o no lleguen a la raya.

Por hoy, limitémonos a consignar que nada de lo que hemos visto merece una palmada de aprobación: que ya hemos oído los primeros taconeos, tan significativos como apropiados... y que el asunto está en marcha.

Confiamos, no obstante, en la bondad infinita de la Providencia, que es a lo único que van a tenerse que acoger cómicos y autores para no morir aplastados por el monstruo.

UN CONCURSO

Entre la gente que acude a las tertulias teatrales está haciendo furor un concurso iniciado por una peña de «angelitos», cuyas intenciones podrán ustedes apreciar.

Se trata de averiguar—y se dará un crecido premio en metálico al que lo acierte—cuáles serán las primeras compañías—de verso y lírica—que darán el «batacazo» a poco de comenzar.

Entre unas y otras ascienden a sus

veintidós o veinticuatro, y es lógico suponer que la población de Madrid no aumente en dos meses hasta poder soportar ese crecido número de teatros funcionando a un tiempo.

Si a nosotros se nos envían soluciones, ofrecemos publicar los nombres de los perspicaces adivinos, una vez que las catástrofes previstas se hayan consumado. ¡Que se consumarán!

UNA MALA «FAENA»

Pepito Fernández del Villar, que es muy simpático y muy amigo nuestro, le ha hecho una mala faena a su fraternal amigo y empresario, don Juan Vila.

¿Cómo? Muy sencillo.

Le ha entregado una comedia cuyo título es nada menos que «La negra».

¡Y no me negarán ustedes que eso de que un autor comience por darle «La negra» a un empresario es algo digno de la más severa censura!

¡RECOMENDACIONES!

Esto de las recomendaciones para ingresar en los teatros se está poniendo ya imposible.

Un mismo autor ha recomendado a una misma empresa ¡y para el mismo puesto! a sesenta actrices distintas.

Y la empresa le ha contestado humorísticamente en una carta con un párrafo que dice así:

«Hemos pensado proceder a un sorteo entre sus recomendadas.»

¡Auténtico!

José L. MAYRAL



IMPERTINENCIA

—¡Oiga, amigo! ¡Haga el favor de bajar!...



Historieta por GARRÁN.—Madrid.

—¿Sería usted tan amable que me dijese la altura de este edificio?

GALERÍA PINTOESCA

UN PAPÁ DE ABRIGO

IV

¡Válgame el cielo, lo que he sabido!
 ¡Tú siempre el mismo, querido Antero!
 Sé que a tus años, encanecido,
 casado, enfermo del cuerpo entero,
 con siete chicos
 y dos cuñadas que son dos micos
 y el gasto enorme que te suponga
 tanto derroche;
 sé que aún sostienes una pindonga
 con su gramófono, su *chaise-longa*
 y su pianola... ¡y hasta su coche!
 ¡Bravo, chiquillo! ¡Eres un tío!
 ¿Qué digo, un tío?... ¡Eres un *hacha!*
 ¿Aún no saliste del otro lfo
 y ya conquistabas otra muchacha?
 ¿Y cuándo acabas con tus belenes?
 ¿Que aún eres joven? ¡No seas bruto!
 Si fuimos juntos al Instituto,
 ¿vas a ocultarme la edad que tienes?
 Ya me figuro que si haces esto,
 que no censuro ni recrimino,
 es con la idea que te has propuesto
 de que lo sepan en el Casino.

Pero se explica:

¿Qué no diría toda la gente,
 la que murmura, la que critica,
 si sospechara que eras decente
 y no tenías alguna... chica
 y el compromiso correspondiente?
 ¡Esa es la moda y eso es lo humano!
 ¿Cómo te habrían de dar la mano
 ni saludarte, siendo juicioso?
 ¡No es hombre serio quien no se líe!
 ¡Para ser hombre, y hombre del día,
 no hay más remedio que ser vicioso!
 Porque eso viste,
 porque da aspecto de hombre importante

y aunque no sepas en qué consiste,
 sigue adelante
 con paso firme lento y seguro
 por tu camino,
 que ese es el modo, yo te lo juro,
 de que lo sepan en el Casino.

Habrán almas cursis, sentimentales,
 que te acibaren tus regocijos
 con que si gastas en cosas fales...
 que si la ruina... que si los hijos...:
 mas no hagas caso de esas razones
 que ahora ya llegan con gran retraso.
 En estos tiempos nadie hace caso
 de semejantes lamentaciones.

Se dice de *ella*, tu nueva amante,
 que es una *furcia* muy elegante;
 que aunque te trata con buenos modos
 y mucho mimo,
 desde hace tiempo ya saben todos
 que haces el *primo*.
 Que por las noches, cuando tú sales,
 entra un chulillo muy pinturero,
 que aunque no valga lo que tú vales
 corren sus *juergas* y bacanales
 que luego pagan con tu dinero...

¿Y qué te importa
 si así consigues ser distinguido
 teniendo un cutis endurecido
 y una fortuna que lo soporta?

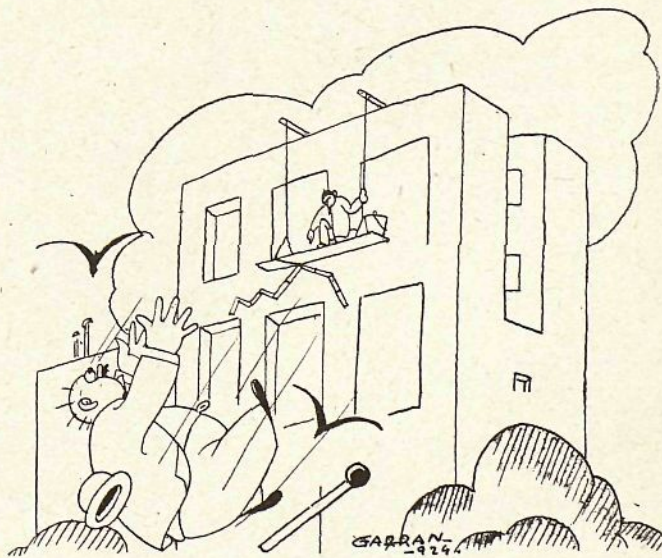
¡Nada, lo dicho!

Sigue con esos pujos fastuosos
 aunque tus gastos sean cuantiosos,
 y haz tu capricho...
 para que rabien los envidiosos.

FIACRO YRÁYZOZ

(Próximamente *Una carabina de pistón*.)

—¡...! Con mucho gusto. Suba usted conmigo, que me parece que va a quedar contento...



—Ahí va el metro, y cuando llegue apunte usted la altura con exactitud.

DEL BUEN HUMOR AJENO COMO TODAS

por ALFONSO ALLAIS

La joven Magdalena Bastye hubiera sido la más exquisita de las mujeres de su siglo sin la desdichada tendencia que tenía de engañar a sus pretendientes con otros hombres por un sí o por un no y a veces ni por un sí ni por un no.

En el momento en que comienza este relato, su amante era un excelente joven

llamado Juan Pusse (de la casa Juan Pusse y Desmeilleurs).

Un gran corazón de muchacho y, digamos de paso, un verdadero prestigio del comercio parisiense.

Además, amaba a Magdalena locamente.

La primera vez que Magdalena le engañó, Juan dijo a Magdalena:

—¿Por qué me has engañado con ese hombre?

—¡Porque es muy guapo!—respondió Magdalena.

—¡Bien, está bien!—murmuró por lo bajo Juan.

¡Oh poder del amor! ¡Oh fuerza de la voluntad!

Cuando Juan volvió al día siguiente a casa de Magdalena, Juan estaba transfigurado y el propio Apolo de Belvedere, al lado suyo, era un guiñapo despreciable...

La segunda vez que Magdalena engañó a Juan, Juan dijo a Magdalena:

—¿Por qué me has engañado con este hombre?

—Porque es rico—respondió Magdalena.

—¡Está bien!—gruñó Juan.

Y al día siguiente, Juan inventó un procedimiento estupendo para, con una manipulación sencillísima, transformar el estiércol de caballo en terciopelo color malva.

Los norteamericanos se disputaban su marca a golpes de dólares y de águilas (el águila es una moneda de oro yanqui, que vale veinte dólares).

Ahora precisamente el águila representa exactamente 1.104 francos (50 céntimos).

La tercera vez que Magdalena engañó a Juan, Juan le dijo a Magdalena:

—¿Por qué me has engañado con ese hombre?

—¡Porque es un hombre graciosísimo!—respondió Magdalena.

—Bien, está bien—suspiró Juan.

Y se encaminó resueltamente a la librería Ollendorf y compró *A se tordre*, el exquisito libro de nuestro simpático camarada Alfonso Allais.

Juan leyó, releyó y volvió a leer este libro verdaderamente único, y de tal modo se impregnó, se saturó de su gracia desopilante, que Magdalena se retorció de risa todas las noches, oyendo a Juan.

La cuarta vez que Magdalena engañó a Juan, Juan le dijo a Magdalena:

—¿Por qué me has engañado con ese hombre?

—¡Ah! ¿Que por qué te he engañado?... ¡Porque sí!...

La mil ciento catorce vez que Magdalena engañó a Juan, Juan dijo a Magdalena:

—¿Por qué me has engañado con ese hombre?

—¡Porque es un asesino!—respondió Magdalena.

—Bien, está bien—exclamó Juan.

Y Juan mató a Magdalena.

Próximamente por esta época, Magdalena perdió por completo la mala costumbre de engañar a Juan.

S.



(De *The Humorist*, de Londres.)

—Ya sé la edad que tiene mamá: el doctor dice que está entre los treinta y nueve y los cuarenta.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR
 APARTADO 12.142
 MADRID

E. R. M.—¡Qué feliz es usted, no teniendo más que diez y siete años! Y, a propósito, en vista de que aún es tiempo para retroceder, ¿por qué no abandona usted el camino de la literatura?... Es un oficio muy malo, créanos usted: si sale usted un *Cienhigos* se rien de usted sus contemporáneos; si resulta usted un Galdós o un Benavente, no le dejan vivir con homenajes, banquetes,

Lea usted "Vida Madrileña"
 Anuncie en
 Oficinas: Fuencarral, 166
 Director: BOZ DE LA ROSA

premios *Nóbeles*, etc., etc. ¡Es para dejarlo, pollo, para dejarlo en seguida; y tome el consejo, que es desinteresadísimo!... ¡Ah, si el que esto escribe pudiera volverse atrás y poner una fiendecita de comestibles! ¡Se iba a reír de Blasco Ibañeta y de Alfonso Daudet, pero que hasta destrozarse las mandíbulas de tanto bafirlas!



LUIS ESTESO Y LOPEZ DE HARO
**CONFERENCIAS, MONOLOGOS,
 PARODIAS Y HUMORISMO**
 20.
 Pedidos: LUIS SANTOS
 Carretas, 9. Madrid.

Jarne.—Tenía usted razón. Sus cuartillas no sirven. Pero aquí de nuestro espanto: si había usted adivinado ya que no servían, ¿para qué nos las ha mandado?... Cosa es esa que no le perdonaremos con facilidad.

I. C. Q. Melilla.—Habíamos pensado no publicar su cuento porque es tan triste que tenemos asustar a los niños que nos leen; pero mejor aconsejados, vamos a insertar el principio, que es lo menos terrible. Dice así:

«¡Qué noche, Dios santo! El aire mugía atterradoramente, el agua caía torrencialmente, los truenos se sucedían interminablemente, el cielo se rasgaba incesantemente, los perros ladraban fatídicamente, los chacales aullaban tristemente, los hombres blasfemaban terriblemente, las mujeres rezaban devotamente...»

Y así sucesivamente.
 ¡Mano de santo para el dolor de cabeza, como nuestros lectores verán!

"Valdezarza" El mejor purgante
 Presentando este anuncio en Arenal, 26, se regalará una botella pagando solamente el casco. Felipe Santos.

La propia Clio. Madrid.—Los mismísimos galantes conceptos que nos ha merecido hace un instante el señor A. C. C., de Alcázar de San Juan, aumentados en tercio y quinto en atención a su sexo retrechero, nos los dicta su artículo, que tampoco publicamos en espera de otro que suponemos que será el definitivo. ¡Hay gracia ahí, y es preciso verlo en seguida!

E. P. Granada.—Se aprovechará alguno de sus dibujos. Le recordamos todo lo amablemente que nos es posible, que no devolvemos los originales. ¡Bastantes complicaciones tenemos ya en esta santa casa con el constante aumento de favorecedores artísticos que se han propuesto honrarnos con los productos de su genio!

M. C. y C. San Fernando.—S usted nos autoriza para ello, lo colocaremos en el cesto. Y si no, lo colocaremos en otra parte. Donde sea, estará bien, puede usted estar tranquilo. Donde no estaría bien es en las columnas del periódico; pero no pase usted cuidado que no lo pondremos ahí, ni aunque nos amenacen de muerte.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE
 VIUDA DE CELESTINO SOLANO
 Primera marca mundial LOGROÑO

P. T. Madrid.—Su diálogo *Solventas* tiene ciertos atrevidos descoccos, sobre todo al final, que le hacen totalmente imposible para nuestras castas y puras columnas.

El Kaid Meme. Ceuta.—Recibido todo lo que nos envió; ya se han publicado algunos de sus ehistes. Los dibujos han de ser necesariamente a pluma y con tinta de la más

EMILIANO GARCÍA
 Mercería, Pasamanería y Novedades
 Precios económicos
 96, Fuencarral, 96

¡La lotería de la suerte!
Rita Seoane Admón. núm. 10
 37, Mayor, 37
 Envíos a provincias
 Pruebe su suerte en Mayor, 37

Apete. Madrid.—Que usted es el fto más gracioso de España, es cosa que no hemos dudado ni un momento; pero que en los dos trabajos que nos ha enviado lo disimula usted mucho, también es verdad.

china que encuentre. El papel de buen cuerpo y *los escritos* (como usted dice) de cuerpo saleroso, es decir con la gracia más exagerada que se le ocurra. Aquí estamos dispuestos servir a todo el que acierte

Blancura de cutis se obtiene con el empleo de



Crema BELLA AURORA

ÚNICO REPRESENTANTE EN ESPAÑA
ANTONIO DALMAU
 BALMES, 51. — BARCELONA 4.

F. S. Barcelona.—Sosito y candidato.

David de Judea.—Exagerado, irreverente y escrito en mangas de camisa. Bueno es elaborar chistes, pero no hasta el extremo de volverse loco y bailar la danza del oso sobre las cuartillas. Eso lo lee usted en el café y la carabal Pero en BUEN HUMOR indignaría a unos cuantos lectores melancólicos que tenemos, porque nosotros tenemos de todo.

C. N. Granada.—Algunos de los chistes, bien. El entremesillo, que usted denomina irrepresentable, resulta además inpublicable y hasta unas míasas deplorable. Ya habrá usted notado (y si no lo ha notado usted lo hemos notado nosotros, y es lo mismo!) que el asunto es de una vejez respetabilísima y conmovedora. En el café Oriental, de aquí, hay una tertulia donde se lo cuentan todas las tardes al primero que se presenta.

y a dar consejos, sin prescindir de la leve chirigota, al que se equivoca. Si usted no es hombre fiero, y se ciñe a estas condiciones, seremos más amigos que Cástor y Pólax, Daoiz y Velarde y la Alba y Bonafé.

Panchito. Barcelona.—Escribe usted como lo haría un peón cantinero a quien, revólver en mano, le obligasen a hacer un artículo de modas sin haber pensado nunca en semejante cosa.



Agua RADIUM
 TINTURA PARA EL PELO
 Con una sola aplicación se logran matices permanentes
 CORTÉS, HERMANOS.—BARCELONA

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido a la siguiente chiste:

EL MAESTRO.—Señora, estoy muy disgustado con su hijo. Ayer no supo decirme la fecha de la muerte de Luis XVI.

LA MADRE.—No le extraña a usted. En casa no leemos nunca periódicos.

A. L. R.—Madrid

—¡Chico, en Nueva York hay unas cosas que te dejan *pasmao*!
—¿Cuándo has estado allí?
—Yo, nunca, pero tengo un tío que estuvo el año pasado sí va o no va.
Masto P. de Córdoba.

—¿Cuál es el hombre que consigue llegar a edad más avanzada?
—El aviador, que siempre llega *a-vuelo*

Matosas.—Benasque.

El colmo de un estudiante de Matemáticas:
Resolver el problema de Marruecos.

L. García.—Bilbao.

VINOS DE LA
COLONIA DE SAN JOSE
Fuencarral, 90, duplicado
Teléfono J. 718

—¿Adónde vas tan preocupado, Manolo?
—¿Cómo quieres que no me preocupe, Doroteo, si tengo la casa invadida de ratones!... Voy a ver quién me podría proporcionar un gato.
—¡Hombre, por eso no te apures!... ¡Vete a un almacén de estas, que allí te lo pueden facilitar!
—¿...?
—¡Sí, hombre! ¿No ves que, además de esterera, es *al-par-gatearía*?...
Eseesede.—Madrid.

HERNIAS
Bragueros científicamente.
J. Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

En la Universidad.
—¡Oye! ¿Qué Derecho aprobó Jiménez?
—Jiménez, Administrativo.
—¿Y Laguardia?
—Laguardia, Civil.
Justiniano.

FAJAS DE GOMA
Sostenes IDEAL
PRESA Fuencarral, 72.
Teléfono 48-00.

En una portería.
EL CHICO DE LA PORTERA.—Madre, ¿cuál es el primer mandamiento de la ley de Dios?
LA PORTERA.—Amar a Dios sobre todas las cosas.
EL CHICO.—¿Y el segundo?
LA PORTERA (*distraída*).—¡Sesenta duros mensuales, pero tiene calefacción y baño!

L. A.

—¿Cuál es el mar más elegante?
—El *mar-qués*.
K. Labaza.—Madrid.

ALBERTO RUIZ
JOYERÍA.—CARRETAS, 7
Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

Entre amigos.
—Oye, Anacleto, ¿no llevas este año a tu suegra al Norte?
—¡Chico, este año quisiera variar! ¡Preferiría llevarla al Este!
Francisco Serrano.—Madrid

—¿En qué se diferencian los maridillos de los habitantes del Sudán?
—En que los primeros sudan tinta, y los del Sudán *sudan-eses*.
Calimene.—Santander.

Un paleto dice a su criada:
—Vete a la cacharrería y compra una taza igual a ésta. ¡Pero que te la den con el asa a la derecha!
Emilio Baquero y Gil.—Madrid.

—¿A qué te dedicas ahora?
—A comprar y vender aeroplanos.
—¿Y es negocio?
—¡Fíjate! ¡Se compran cuando están por los suelos, y se venden cuando están por las nubes!
Mixto.—Jaén.

—¿En qué se parecen una mujer coqueta y un jugador empedernido?
—En que siempre están estudiando posturas.
S. A. y Fernández del Pescaledo, Oviedo.

CASA JIMÉNEZ
Primera casa en
OBJETOS PARA REGALOS
Aparatos fotográficos.
Cinematografía.
Preciados, 58 y 60.


GRAN VIA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

—¿En dónde tienen el punto los automóviles?
—En la i.
Esperanza y Angelita, Villanueva de la Cañada.

—¿En qué se parece un niño nacido en Hungría a una casa de juegos prohibidos?
—En que es *un-garito*.
El filipino.—Madrid.

EL PROFESOR.—¿Qué es una pirámide?
EL ALUMNO.—Un mausoleo.
EL PROFESOR.—(Con algo de zumba.) ¿Y un mausoleo?
EL ALUMNO.—Una pirámide.
C. L.—Madrid.

Bodegas de los CEAS
Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.
Alberto Aguilera, 29. Teléfono 10-59

En un cuartel.
—Ya habéis oído la orden—dice el capitán—, es preciso que al mediodía todos hayan cambiado de camisa.
—¿Y los que no tengan más que la puesta?
—Que la cambien unos con otros.
P. Quirós Casas.—Madrid

Argumento poco sólido.
—¿Por qué, cuando pasan los hombres por un puente, lo hacen con precaución?
—Porque no quieren ponerse *en-aguas*.
—¿Y en ese caso, las mujeres?...
—Pues por no ponerse *en-aguas corrientes*.
J. de Monte-Bello.—Játiba.

Siempre dice Matilde:
«¡Qué guapo viene Bartolo desde que usa de Orive Licor del Polo!»

El colmo del pudor.
No desnudarse delante del queso de Gruyère, porque tiene ojos.
Amelina L. de Medrano, Arenas de San Pedro.

AMADOR
FOTÓGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

En el tranvía.
EL COBRADOR.—¡Chico! Te bajas del tope o te doy dos puntapiés.
EL CHICO.—Espérese a que pare.
EL COBRADOR.—¿Por qué?
EL CHICO.—Porque hay un letrero que dice: «prohibido apearse en marcha».

F. López.—Madrid.

—¿Qué oficio es el que menos les gusta a los usureros?
—El de *jar-dinero*.
Serrano y González Villanueva de la Cañada.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

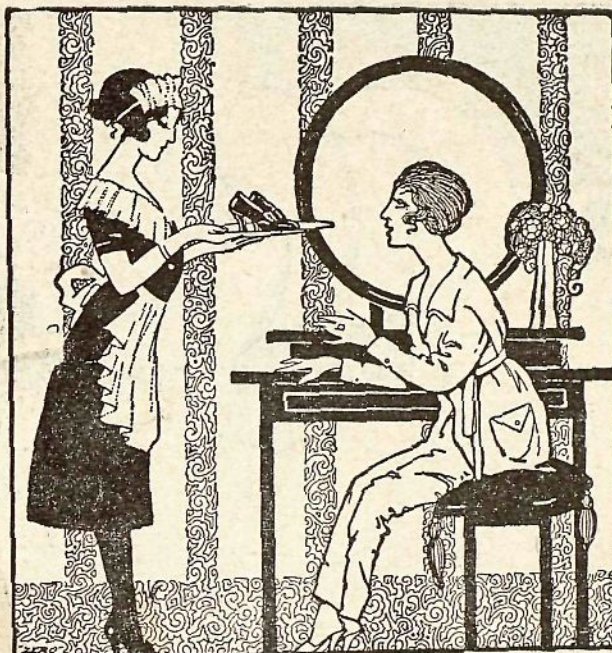
ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestar ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos*. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.*), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas, etc.* Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin sentirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Havana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41.—

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



Dib. PANDO DE LAMA.— Madrid.

—¡Pues señor! Llevo tres horas de plantón y ni tan siquiera se ha asomado. ¡Me parece que de aquí no voy a sacar nada en limpio!